

William Pfaff. LA IRA DE LAS NACIONES: LA CIVILIZACIÓN Y LAS FURIAS DEL NACIONALISMO, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1994, 244 págs.¹

Establezcamos una cuestión desde el comienzo: 'La Ira de las Naciones' no es una obra académica; está pensada y escrita para el público en general. Comprender esto es fundamental si se desea evaluar con justicia el libro de William Pfaff. La obra es un interesante y entretenido ensayo histórico sobre el «origen y la causa del nacionalismo», en el que Pfaff examina las «raíces históricas» y la «evolución»² de este fenómeno, aportando valiosos antecedentes sobre sus prácticas contemporáneas.

Estudiaremos, primero, los conceptos básicos sobre los que se construye La Ira de las Naciones (nacionalismo, internacionalismo, Estado, nación), para posteriormente revisar las experiencias históricas concretas que han dado contenido a estos conceptos.

Nacionalismo e internacionalismo son las dos ideas básicas sobre las que se construye la obra de Pfaff. Pfaff define el nacionalismo en dos niveles: como género y como especie. En un nivel general, Pfaff define el concepto vinculándolo a una natural tendencia a la asociación que existiría en todos los seres humanos. «En este libro -dice Pfaff- he empleado el término nacionalismo en su sentido más amplio, y también en otros sentidos, pues lo que se llama nacionalismo es una expresión de los apegos primordiales de un individuo a un grupo y posee poderes tanto positivos como destructivos, y este fenómeno existió mucho antes que el grupo en el cual se deposita tan apasionada lealtad se transformara en el estado-nación moderno». «Sin duda sobrevivirá al reemplazo del estado-nación por cualquier otra forma de asociación política, siempre que esto ocurra».³ El nacionalismo, como concepto genérico, incluye no sólo lo que conocemos estrictamente por nacionalismo (el cemento que mantiene unidos a los estados modernos), sino que también los innumerables vínculos que han mantenido a los individuos agrupados en sociedades o comunidades políticas, más o menos grandes, a lo largo de la historia y la prehistoria. Es un concepto simultáneamente positivo y negativo, creativo y destructivo, cuya esencia dual es perfectamente atrapada por Freud (quien sufrió en su vida la segregación étnica y nacionalista): «Siempre es posible unir a gran cantidad de gente en el

1 Todas las citas corresponden a la «Ira de las Naciones» de William Pfaff.

2 p. 11.

3 p. 184.

amor, mientras quede otra gente para recibir sus manifestaciones de agresividad». Aunque esclarecedora, la amplitud y ambigüedad de la definición genérica de nacionalismo hace que sea poco útil para analizar la compleja historia política y mundial contemporánea.

William Pfaff define también el nacionalismo en términos específicos, definición más cercana a la idea generalmente aceptada de lo que es el nacionalismo, esto es, la religión secular del Estado moderno. En su origen, nos dice el autor, «el nacionalismo es un fenómeno del siglo diecinueve europeo. Es una consecuencia política del movimiento intelectual-literario denominado romanticismo».⁴ Concretamente, «es la expresión política (y militar) de una forma de identidad grupal atribuida a un Estado existente, o a una comunidad que todavía no constituye un Estado-nación reconocido, pero que cree que debería serlo».⁵

Se entiende, entonces, que el nacionalismo cobra pleno sentido sólo al interior de un Estado (actual o potencial), tal como lo entendemos hoy en occidente. El nacionalismo «es la contradictoria y absurda afirmación de que los valores e intereses de cada país son superiores, aunque resulta evidente que todas las naciones son iguales como objeto de lealtad de sus ciudadanos».⁶ Y es en un mundo hecho de Estados (tan ajeno al pensamiento liberal, cuyo 'triunfo' habría acabado con la historia), donde el nacionalismo se transforma en «la fuerza política más poderosa del siglo veinte» y «quizá sea también la más poderosa del siglo veintiuno».⁷

El internacionalismo sirve de contrapunto al nacionalismo. Pfaff lo asimila a una gran variedad de experiencias históricas heterogéneas. El nacionalismo en su definición específica sólo se asocia al Estado, en cambio, el internacionalismo se manifiesta en confederaciones de ciudades (Grecia antigua), imperios (Romano, Chino, Otomano, Habsburgo, etc.), ideologías (comunismo, nazismo, liberalismo), organizaciones internacionales (Liga de las Naciones, Naciones Unidas) y en la Comunidad Europea. Son quizás las nociones de inclusividad y exclusividad las que mejor nos sirven para distinguir el concepto de internacionalismo del de nacionalismo en *La Ira de las Naciones*. El nacionalismo y el Estado moderno son exclusivos, y en consecuencia excluyentes. Los imperios coloniales europeos del siglo diecinueve son un ejemplo de esto: ninguna nación europea pensó integrar en su Estado a sus colonias (con la sola excepción de Francia con Argelia). El

4 p. 12.

5 p. 184.

6 p. 12.

7 p. 11.

internacionalismo, en cambio, es incluyente y aspira a la integración. Esta idea, aunque muy general, explica los imperios, las ideologías comunista y liberal, la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas. Sin embargo, deja sin explicar, las ciudades griegas, el nazismo y la Comunidad Europea, entre otras. Estas tres experiencias son excluyentes en el sentido de que se debía ser griego, o *ario* (idea que no es más que una invención), o europeo, para 'pertenecer'. En todo caso, dos de estas experiencias, la griega y la europea, son menos excluyentes que el Estado moderno en un sentido que las distingue de él: incluyen a más de un «Estado», es decir, a varios estados griegos y a varios Estados europeos.

Una de las afirmaciones más polémicas de Pfaff es que el nazismo es un movimiento internacionalista. Su discusión merece un párrafo. La naturaleza radicalmente excluyente del nazismo y centrada poderosamente en una supuesta 'nación superior', hacen pensar que más que una experiencia internacionalista, se trató de una experiencia nacionalista. El nazismo llevó la adoración irracional de la nación y el uso de su más poderoso instrumento, el Estado, hasta sus últimas y más brutales consecuencias. Fue un delirante y salvaje intento de conquista del mundo por parte de un reducido grupo humano que sobre la base de su supuesta 'superioridad' decidió someter a todos los demás. Ello suponía un feroz exclusivismo cultural que sentaba las «bases teóricas» para la más completa dominación, e incluso supresión física, de los vencidos e 'inferiores' (afortunadamente para la Humanidad, las naciones 'inferiores' derrotaron al nazismo criminal). Si a esta sobredosis de nacionalismo le llamamos internacionalismo, entonces, el concepto puede estirarse hasta transformársele en cualquier cosa. Más que tratarse de internacionalismo, el nazismo es uno de los ejemplos más poderosos de los horrores que se pueden cometer en nombre de una nación, sea ésta real o imaginaria.

Estado y nación son los complejos habitáculos del nacionalismo. En el mundo hay unas 3.500 naciones y sólo unos 200 Estados. Ambos términos nunca coinciden. Dos de los Estados étnicamente más homogéneos del planeta son Finlandia y Japón, pero incluso allí hay grupos culturales diversos (nativos, como los lapones en Finlandia, por ejemplo) y un buen número de inmigrantes. Hay muchas naciones sin Estado, siendo uno de los casos más conocidos el de los kurdos, superpuestos a cuatro estados: Turquía, Irán, Irak y Siria.

Definir a una nación es muy difícil. «Quizá la definición más práctica de una nación sea la de... Hugh Seton-Watson», quien concluyó que «no se puede elaborar ninguna 'definición científica' de nación; no obstante el fenómeno ha existido y existe. Sólo puedo decir que una nación existe cuando una cantidad significativa de gente de una comunidad considera

que forma una nación, o se comporta como si la formara. Cuando un grupo significativo profesa esa creencia, posee 'conciencia nacional'.⁸

Respecto del Estado, William Pfaff nos dice que la «nación occidental moderna⁹ es una estructura práctica. Brinda defensa, orden civil, un sistema de justicia, una estructura económica, un marco para la industria, y las transacciones comerciales, sistemas de transportes, comunicaciones y demás. Exige solidaridad entre sus ciudadanos, lo cual significa la voluntad de aceptar las normas morales y legales de la colectividad, pagar impuestos y respaldar el aparato gubernamental del cual todos sacan provecho, y proveer a la defensa común».¹⁰

Entonces, el Estado es una organización política práctica, efectiva para alcanzar una multitud de fines constructivos, internos y externos, deseados por los individuos. Sin embargo, al interior de un 'Estado-nación' conviven diversas naciones, más o menos asimiladas a la colectividad, de lo cual dependerá en buena medida el desempeño interno y externo de ese Estado en particular. La ira de las naciones, es decir, el nacionalismo, puede transformar al Estado desde un instrumento de organización política útil y ventajoso para el logro de los fines del hombre, en un instrumento de violencia, tanto interna (como la actual guerra civil en la ex Yugoslavia) como externa (como las dos guerras mundiales).

Vistos los conceptos, revisemos ahora las experiencias nacionalistas e internacionalistas por medio de las cuales Pfaff estudia la evolución histórica y los orígenes del nacionalismo. Pfaff se pasea por todo el mundo, salvo por una notable excepción: América Latina. Europa es tratada en el capítulo cuarto ('Internacionalismo Habsburgo y Otomano'); los países árabes y Persia en el quinto ('Después del Imperio Otomano'); Asia oriental y sur y Africa, en el sexto ('Nacionalismo Africano y Asiático'); y Estados Unidos, en el séptimo ('El Nacionalismo en Estados Unidos'). América Latina es la única zona del mundo que no es estudiada en la obra. Una ausencia fundamental, porque como se sostiene en el propio libro, el nacionalismo es un producto creado en Europa occidental y posteriormente exportado al resto del mundo. Y es en América donde el nacionalismo arraigó más fuerte y más auténticamente, dada que sus Estados fueron una creación, política y cultural, directamente

8 p. 53.

9 Aquí Pfaff usa el término 'nación occidental moderna' para significar 'Estado'. El autor confunde permanentemente ambos términos, usándolos como conceptos intercambiables, a pesar de no serlo.

10 p. 20.

europaea.¹¹ No se explica porqué el autor no incluyó en su obra a América Latina. Pero estudiemos ahora las distintas experiencias históricas y regionales del nacionalismo. Partiremos por Europa, pasaremos luego a los países árabes y Persia, Asia y Africa, y finalmente revisaremos la experiencia de Estados Unidos.

Los Estados europeos, según el autor, se diferencian fundamentalmente por su origen. Aunque en toda Europa «la población se originó en sucesivas migraciones»¹², desde una perspectiva histórica del desarrollo del Estado moderno y del nacionalismo, hay al menos tres 'Europas' diferentes. En primer lugar la Europa occidental, cuna del Estado moderno y del nacionalismo. En ninguno de los Estados que la componen «existe una comunidad numerosa que pueda considerarse étnicamente 'pura', en ningún sentido que tenga peso científico, y en ninguna parte la mezcla de grupos humanos es completa, con la asimilación total de las sucesivas migraciones. En casi toda Europa occidental, estas diferencias étnicas, que son también culturales, se han vuelto triviales –'folclóricas', como dicen los franceses– y por cierto no son letales». «Las diferencias entre irlandeses e ingleses, entre escoceses e ingleses, entre bretones, vascos y catalanes y los franceses galos y germánicos, o entre catalanes y castellanos, no son triviales. Sin embargo, hoy son manejables dentro del marco del Estado-nación maduro».¹³ Descontado el IRA en Irlanda del Norte y a la ETA en las provincias vascas de España, la afirmación de Pfaff es acertada. Al menos parece que la diversidad nacional al interior de cada uno de esos Estado está bastante mejor asimilada que en las otras dos zonas de Europa. La segunda 'Europa' es la Europa central y del este, «donde las naciones se crearon en los siglos diecinueve y comienzos del veinte a partir de principios étnicos».¹⁴ Y es al interior de esta segunda Europa donde se produce una nueva división «entre las sociedades que han vivido la experiencia 'moderna' -es decir, la Reforma, el Renacimiento, la Ilustración y la Revolución- de las que no la han vivido. La diferencia coincide en gran medida con la divisoria religiosa que separa al catolicismo y protestantismo occidentales, progenitores del Occidente moderno, de la Europa ortodoxa y musulmana».¹⁵ Surge así una 'tercera Europa', porque los

11 En la página 100, Pfaff asocia a los estados europeos occidentales a «las naciones de ultramar creadas por razas europeas occidentales: Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Argentina, Chile y las demás», distinguiéndolos a ambos tipos de los demás estados. Además es la única mención que se hace de Chile en la obra.

12 p. 79.

13 pp. 79-80.

14 p. 80.

Estados Bálticos, Polonia, la ex Checoslovaquia, Hungría, pertenecen innegablemente al mundo occidental. Pero no ocurre lo mismo con Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Serbia o Bulgaria, o los países de la Europa musulmana, cuyas raíces son en buena medida 'orientales'. Estos Estados son los que quedan 'al otro lado' de la «línea de división religiosa»¹⁶ de Krzysztof Pomian y forman la 'tercera Europa'. Pfaff sostiene, respecto de estos Estados, que «la mayoría aún tiene que demostrar su capacidad para atenerse a pautas políticas seculares, jurídicamente indiferentes a la identidad étnica y religiosa de los ciudadanos. En el pasado, la multiplicidad de razas y comunidades de estas sociedades se adaptaba a la estructura esencialmente corporativa o feudal del Imperio Otomano y de los Habsburgo».¹⁷ Y del Imperio Ruso, zarista y soviético, habría que agregar.

Entonces, Pfaff distingue a la Europa occidental de las otras dos, y muy especialmente de la tercera. «El concepto occidental de una nación secular y étnicamente plural no presenta ningún obstáculo inherente para la democracia ni la protección de los derechos humanos, pues las minorías en cuanto tales no quedan excluidas de la nación, como ocurre en cambio con la nación definida étnicamente. Esto es lo que diferencia el modelo occidental predominante, de las nuevas naciones que surgieron del colapso de Austria-Hungría y del Imperio Otomano»¹⁸ y del Imperio Ruso, tenemos que agregar.

El nacionalismo en los países árabes y Persia, en Asia y en Africa, es producto de la influencia europea occidental. La fuente de los nuevos Estados surgidos en todo el mundo durante los siglos diecinueve y veinte es Europa. «En los siglos diecinueve y veinte, el Estado-nación occidental se constituyó en la forma más cabal de organización política y económica para el desarrollo industrial, y este ejemplo influyó profundamente sobre las élites de otras partes»;¹⁹ principalmente a través de la colonización de Asia y Africa por parte de las potencias europeas y los Estados Unidos. Esta influencia, junto con producir Estados modernos en todo el mundo, llevó frustración a las que antes fueran orgullosas culturas y civilizaciones. Porque aunque «China, Japón e India, como Egipto y Persia, nunca han sido inferiores a Occidente en la sofisticación o la sutileza del pensamiento y el discurso, ni en vigor artístico», la arrolladora superioridad que en los siglos dieciocho y diecinueve demostró tener Occidente

15 p. 79.

16 p. 80.

17 p. 81.

18 pp. 81-82.

19 p. 105.

«en técnica, ciencia y capacidad organizativa y administrativa»²⁰ fue erróneamente interpretada como superioridad moral. Esto explica la contradictoria relación de oriente y occidente, en la que «el Occidente invasor ejercía una atracción asimiladora, un impulso a la conversión, al mismo tiempo que surgía el contradictorio afán de erradicar las influencias foráneas».²¹

Los países árabes y Persia surgen después de la Primera Guerra Mundial. El colapso del Imperio Otomano en 1918 trajo como consecuencia «la creación de un grupo de Estados del Medio Oriente gobernados por las grandes potencias europeas a través de mandatos de la Liga de las Naciones. Ya existían varios Estados musulmanes nominalmente soberanos dentro de las esferas occidentales de interés imperial. Este era, por ejemplo, el caso de Persia, Egipto y Marruecos».²² Con el término de la Segunda Guerra Mundial «todos estos Estados se volvieron soberanos menos Palestina, que a causa de la guerra entre árabes y judíos fue dividida por la fuerza... La mayor parte se convirtió en el Estado de Israel».²³ Para el autor la mayor parte de los Estados mediterráneos son «artificiales»; debemos entender, de acuerdo a la definición de nación de Hugh Seton-Watson, que hace suya Pfaff, que esos países aún no desarrollan una 'conciencia nacional'. Salvo las «naciones reales en el Oriente Medio y Próximo».²⁴

El autor sostiene una idea generalmente aceptada: que el mundo musulmán entró en una crisis moral, producto de su mal entendida inferioridad material y política frente a las potencias Occidentales. Tras haber superado a Occidente en ciencias, técnica y poder militar durante siglos, la estrella del Islam se apagó. El fundamentalismo islámico surge como «una forma de resistencia 'nacional', una afirmación de autonomía e independencia política de cara a las potencias occidentales, y un intento de reclamar una independencia y una integridad cultural que está en jaque, donde el concepto de Estado o nación es sólo un medio para un fin».²⁵ Pfaff pronostica que finalmente, «el Islam se abrirá paso en la crisis cultural... para desarrollar un pensamiento secular y una teoría política, una ciencia moderna». En consecuencia, el nacionalismo árabe y persa sería, en general, una reacción ante la penetración cultural de Occidente, es negativo y defensivo, a diferencia del occidental.

20 p. 128.

21 p. 129.

22 p. 103.

23 p. 108.

24 p. 105.

25 p. 120.

Los Estados del Asia oriental también son un producto de la influencia occidental. Esta influencia fue, sin embargo, reforzada o reducida producto de complejos factores locales. El principal de estos factores fue la presencia del gran Imperio Chino. En China la 'conciencia nacional' brotó tardíamente. Este 'retraso' fue consecuencia del enorme poder histórico del Imperio Chino, el cual a su vez fue la causa de la temeraria confianza que China puso en una supuesta superioridad respecto de los Estados europeos. La 'conciencia nacional' China sólo apareció en la segunda mitad del siglo veinte, impulsada por ideas occidentales; principalmente marxistas. El 'factor China' también explica porqué «las sociedades que se encuentran en la periferia de la gran civilización imperial china, Vietnam, Corea y Japón, siempre estuvieron más cerca de la nación moderna que la China misma. No podían ser complacientes de cara a la China, y debían tener conciencia de su precariedad y su necesidad de autodefinición colectiva y autodefensa. Japón, Corea y Vietnam, como naciones modernas, son producto de una resistencia militante al poderío cultural, político y militar de China».²⁶ La presencia histórica de la poderosa civilización China fue un factor que aceleró y fortaleció el proceso de creación de esos Estados.

Al igual que el mundo árabe, el Asia oriental vivió una crisis profunda como producto de la fuerte influencia occidental. La «atracción de Occidente», producto de su superioridad material, coexistía dramáticamente con el rechazo a lo extranjero. En Asia «la noción de superioridad moral de Occidente (entendido como Europa) se arruinó en la Primera Guerra Mundial» y con la derrota en Vietnam, para Estados Unidos.²⁷ A pesar del hecho de la 'ruina moral de Occidente', desde una perspectiva material, «sólo el Japón se ha recobrado plenamente de esta inferioridad».²⁸

En cuanto al continente africano, el nacionalismo allí prácticamente no existe; sin contar a los Estados musulmanes del norte de Africa. Pfaff afirma que «el nacionalismo apenas existe al sur del Sahara. Los límites nacionales, con excepción de la frontera de la antigua nación etíope, son los que se trazaron en una conferencia de Berlín entre potencias occidentales, sin considerar las realidades étnicas e históricas africanas». Y esas realidades han persistido por sobre la ingeniería política europea, impidiendo el surgimiento del nacionalismo: «los vínculos de los africanos siguen siendo la familia, la comunidad, la tribu, el grupo étnico

26 p. 142.

27 p. 136.

28 p. 128.

y la religión, no la nación». ²⁹ Como solución al trágico desgobierno del Africa del siglo veinte, Pfaff propone que frente a esa dramática situación, «sería mejor que la comunidad internacional reimpusiera una forma de neocolonialismo paternalista en la mayor parte del Africa, por indigesto que esto parezca». ³⁰ La idea es efectivamente difícil de digerir, sobre todo si se recuerda la brutalidad del colonialismo (que no tuvo nada de 'paternalista') que las potencias europeas impusieron al Africa en el pasado.

El séptimo capítulo de *La Ira de las Naciones* está dedicado al 'Nacionalismo en Estados Unidos'. «Su nacionalismo es el de una nación ideológica». ³¹ William Pfaff distingue etapas en la evolución del nacionalismo en Estados Unidos. Una primera etapa va desde la independencia y la Revolución hasta la Guerra Civil. «En los Estados Unidos anteriores a 1865 el nacionalismo estaba vinculado a los estados, sobre todo a aquéllos donde la economía agraria sureña y una religión calvinista predominantemente inglesa y 'escocés-irlandesa' (arminio-metodista) había creado una cultura americana distintiva, relativamente no afectada por la inmigración no británica ni celta». ³²

«La Guerra Civil cerró el período en que los Estados Unidos eran una confederación de estados con poder autónomo y competitivo, transformándolos en una unión federal con un gobierno central: una nación». ³³ La historia del nacionalismo (entendido en su definición específica y moderna) se inicia, entonces, en Estados Unidos, en 1865. Este nuevo período en la historia de ese país se caracteriza por la gran y creciente inmigración que reforzó el nacionalismo. Se inició la expansión de Estados Unidos y se empezó a hablar de su «destino manifiesto». La gran depresión de 1929 y su resultado, el New Deal, terminaron por imponer definitivamente al gobierno federal por sobre los estados. La Segunda Guerra Mundial había producido un desarraigo popular, y la transformación económica de posguerra supuso la pérdida de las identidades regionales, que habían sido cruciales para el desarrollo de la nación». Estados Unidos se transformó así en la cosmopolita nación de inmigrantes que es hoy. ¿Qué mantenía y mantiene unida a esa población tan extremadamente heterogénea? La respuesta la da una cita de John Lukacs: «el nacionalismo, con sus símbolos y su retórica funcional, puede

29 p. 145.

30 p. 148.

31 p. 151.

32 p. 163.

33 p. 160.

ser la única religión que posean en común masas de americanos que carecen de otros vínculos». ³⁴ El nacionalismo mantiene unidos a los ciudadanos de los Estados Unidos, así como mantiene unidos a los ciudadanos de cualquier otro Estado moderno, en cuyo interior conviven diversas etnias y culturas. Estados Unidos es un caso exitoso, y por ello raro, de extrema heterogeneidad.

A modo de conclusión, digamos que *La Ira de las Naciones* parece probar al menos dos cosas. Primero, que la época moderna no ha sido jamás liberal, y que es muy dudoso que lo sea en el futuro. Ideas tales como las que sostienen de que la historia ha llegado a su fin y de que, en consecuencia, el liberalismo político se ha impuesto o se va a imponer, como el sistema político dominante a lo largo y ancho del mundo, no tienen ninguna base empírica. El mundo moderno está hecho de Estados, y el nacionalismo «es la fuerza política más poderosa del siglo veinte», lo que significa una absoluta contradicción con la tradición liberal. Esta, concede prioridad al individuo y no a los medios o instrumentos (el Estado, por ejemplo) creados para la satisfacción de sus necesidades, porque cada individuo es un fin en sí mismo, y considerado en relación con los demás, es moralmente igual. Frente a la religión del Estado nacional, el individuo se transforma en un instrumento y, además, su valor depende del lugar donde nació.

La segunda cosa que prueba la obra de William Pfaff es que en nombre del nacionalismo se han perseguido los más nobles ideales, en nombre de los cuales se han cometido los más horrendos crímenes. Esto nos deja una lección: que los medios que utilicen los seres humanos para la concreción de sus fines, por nobles que éstos sean, son mucho más importantes que los ideales mismos. En otras palabras, es la acción humana, que dice relación con los medios, la que debe ser noble, al menos si el objeto que más se valora son los seres humanos y su bienestar. La transformación del ideal en una obsesión nos transforma en fanáticos, en fundamentalistas. De ahí a cometer los crímenes más atroces no hay ni un paso siquiera. Esto lo llora página a página la historia política de la humanidad.

JORGE SAVEDRA ALONSO
Instituto de Ciencia Política
Pontificia Universidad Católica de Chile